

Este príncipe creyó llegado el momento favorable para dar un golpe terrible á la Inglaterra, empeñada entónces en una guerra con Escocia.

Envióse á Inglaterra un ejército frances que fué batido.

Tampoco fué feliz otra expedicion enviada á Castilla contra el duque de Lancaster.

Esos desastres no impedian que en la corte se sucedieran brillantes y ruidosas fiestas, y mas que nunca, el pueblo estaba abrumado á impuestos.

Por fin, Cárlos VI sacudió el yugo de sus tios en 1391, escogió nuevos consejeros á cuya cabeza puso al condestable Oliverio de Chisson, y comenzó á ocuparse activamente de los negocios interiores.

Todo hacia esperar útiles y próximas reformas, cuando affigió al país un desastroso suceso.

Monfort, duque de Bretaña, despues de haber hecho asesinar al condestable Oliverio de Chisson, habia dado asilo al asesino.

Cárlos pidió que se lo entregaran.

El duque rehusó, y el rey se armó para ir á castigar al vasallo rebelde.

Era el mes de Julio de 1392.

El calor era excesivo.

Durante el camino, se percibió algun desórden en el espíritu de Cárlos.

Con todo, la expedicion continuaba avanzando hácia Bretaña, cuando á la salida del bosque del Mans, el 1.º de Agosto, un hombre se lanzó hácia el rey, asió la brida de su caballo, y exclamó:

—A dónde vais, príncipe? Se os traiciona!

Apénas el hombre pronunció estas palabras, cuando Cárlos fué atacado de un furioso acceso de locura.

Empuñó la espada, hirió á cuantos le rodeaban, y acabó por caer abrumado de fatiga.

Desde entonces el mal era incurable.

Sin embargo, el desgraciado monarca tuvo mas tarde algunos instantes lúcidos los cuales fueron aprovechados para nombrar regente del reino al duque Luis de Orleans, su hermano, en union de la reina Isabel de Baviera.

“Luis de Orleans era un hermoso príncipe, galante, adorado de las mugeres, que protegía á los doctos y las artes, todo á costa del tesoro público.

“Se había casado, por su dinero, con la hija del rico duque de Milan, Valentina Visconti, amable y virtuosa esposa, quien por su dulce ascendiente, sometía al furioso Cárlos VI su cuñado, á la voluntad del duque de Orleans.

“El pueblo acusaba de magia y envenenamiento á esa pobre italiana, y su marido la era infiel continuamente.

“Ella, dulce y resignada, le educaba entre sus hijos á su bastardo Dunois.

“Luis de Orleans, entregado enteramente á los placeres, no tenia mas que un deseo: dinero.

“Estableció un impuesto, y en la noche forzó el tesoro con una banda de gentes armadas para sacar el producto.

“Estaba en contacto con los monederos falsos, y tenia compañía con ellos (1).”

En medio de estos acontecimientos, Isabel de Baviera se entregaba á los mas espantosos desórdenes.

Tenemos que ocuparnos aquí particularmente de esa muger, cuyos crímenes debian ser mucho mas grandes que los de Margarita de Borgoña, y quien, á ejemplo de ésta, hacia de la torre de Nesle el teatro de sus monstruosas orgías.

## IX.

Isabel de Baviera y el duque de Berry.—Las habitaciones secretas del hotel de Nesle.—Isabel de Baviera y Luis, conde d'Evreux y d'Etampe.—Isabel sorprendida por Luis en la torre de Nesle.—Muerte del conde d'Evreux en medio de una orgía.—El duque de Orleans é Isabel de Baviera en el hotel de Nesle.—Los monederos falsos.—Nuevas escenas de muerte en el hotel de Nesle.

Ya hemos referido los desórdenes de Isabel de Baviera en el torreón de Vincennes (2); pero aquello no es mas que una parte del cuadro: la otra, y la mas importante debia hallar aquí su lugar.

Las costumbres y los gustos del duque de Berry, este fastuoso señor, que habia hecho del hotel de Nesle el palacio mas espléndido que hubo entonces, se amoldaban bien con los de la reina.

Habia entre ellos una muy grande afinidad, para que esos dos personajes no se liarán pronto de la manera mas íntima, y esto fué lo que sucedió.

Desde los primeros dias de su casamiento, pareció á Isabel mezquino el hotel de San Pablo, que habia sido la residencia habitual de Cárlos V, y que tambien era la de Cárlos VI: en revancha, la habian seducido los esplendores del hotel de Nesle.

[1] CHEZ BOISGARD.—*Historia del Torreón de Vincennes*

[2] MICHELET.—*Compendio de la historia de Francia.*

Con motivo del matrimonio del rey su sobrino, el duque de Berry había dado grandes fiestas en su magnífica residencia.

Los bailes, los torneos, las cazas, los interminables festines en que el duque se ocupaba sin cesar, hacían un fuerte contraste con la monotonía de la residencia real, porque el espíritu de una muger ardiente, apasionada por el placer, como Isabel, no se hubiese vivamente impresionado.

El duque, por su parte, conoció pronto la impresion producida por su magnificencia en la jóven y hermosa reina; redobló sus cuidados y su zelo, manifestó un ardor juvenil, y se manejó de tal modo, que Isabel, entregándose á toda la impetuosidad de su temperamento, olvidó pronto que su seductor era tío de su marido.

—Querido duque,—le dijo un dia—sois un huésped tan amable, y os conducis tan bien en vuestra residencia, que despues de haber entrado aquí no se quiere salir.

—Señora,—respondió el duque,—no hay maravilla que no se pueda hacer para agradar á tan magestuosa soberana, y seria para mí mucha felicidad que V. M. (1) permaneciese aquí mucho tiempo. Para eso me apresuraré á ofrecer os hermosos y lindos aposentos, donde nadie entra mas que yo.

—Son cosa muy misteriosa?

—Serán cosa tan misteriosa, tan divina, cuanto lo quiera la reina.

—Querido duque, no podriamos ir á verlos, á este paso sin que nos sigan gentes importunas?

Estas palabras fueron dichas con un tono de sentimiento, que no se escapó al faustoso señor.

Seguro del triunfo, fué audaz.

—Señora,—dijo oprimiendo dulcemente los afilados dedos de Isabel,—V. M. puede, desde hoy, ir á ellos sin que nadie mas que yo pueda sospecharlo.

—Qué harémos para eso?

—Una cosa fácil y sencilla. Que á la caída de la noche, la reina, paseándose sola en el jardín del hotel de San Pablo, entre en una barca cubierta que la esperará en la orilla, y la conducirá á la puerta del hotel de Nesle.

—Y estaréis ahí para recibirnos?

—Y seré vuestro solo y único y feliz servidor.

—No es muy aventurado el paso?

—Hermosa reina, querriamos morir mil veces ántes que esponer á V. M. al menor peligro.

—Tendré que decir que sí?

—Para volverme loco de dicha.

[1] El título de *Magestad*, no fué dado en general á los reyes y reinas de Francia sino bajo Carlos VII; pero desde el principio del reinado de Carlos VI, quiso introducirlo en la corte de Francia el duque de Berry.

—Pues bien, que sea así, hasta entónces no hablemos mas.

En efecto el duque de Berry tenía pequeños y deliciosos aposentos, donde solo él y dos servidores adictos á toda prueba podían penetrar.

El mismo había dirigido su construccion, su distribucion y mueblaje.

Era una fila de encantadores retretes, de pequeños y misteriosos templos, donde algunas deidades escogidas por el señor no penetraban de cuando en cuando sino adormecidas ó con los ojos vendados.

Un paso secreto conducia de esa habitacion á la torre de la orilla del agua, cuyos aposentos estaban amueblados con el mismo voluptuoso cuidado, y que tenía una puerta sobre el agua lo mismo que en la época de Margarita de Borgoña.

Era tanto mas fácil á Isabel seguir las instrucciones del duque, cuanto que en ese momento, Carlos VII marchaba sobre Flandes, donde acababan de desembarcar los ingleses.

Así es que, cuando había caído el sol, despues de despedir á sus damas, ménos á una con cuya discrecion creía poder contar, bajó del jardín, llegó á la ribera, y despues de asegurarse de que nadie podía verla, entró en la barca que por los cuidados del duque la esperaba en aquel sitio.

Media hora despues, llegaba sin ruido á la puerta del agua, y sostenida por su fastuoso huésped, llegó muy pronto á uno de los aposentos del primer piso.

—Esto está muy bien,—dijo maravillada del lujo y del buen gusto del ajuar,—pero me parece que estos lindos reductos no son tan secretos como decís, porque en nuestra opinion no son otros sino los que en otro tiempo dió Margarita de Borgoña á sus cuñadas.

—Amada reina, si la torre os agrada, podeis venir á permanecer en ella el tiempo que queráis, y juro por mi cabeza, que nadie vendrá á molestaros; pero no es aquí el lugar de que he hablado.

Llevó sus labios á la mano de Isabel, y abriendo la puerta del paso secreto la condujo al misterioso retrete que hemos descrito, y en el que estaba servida una cena compuesta de los mas exquisitos manjares en platos de oro.

—A fé mia, duque,—dijo Isabel regocijada,—sois encantador perfecto.

—Si fuera así, querida reina, os encantaria tan bien, que nunca saldríais de aquí, en donde querriamos acompañaros hasta el fin del mundo.

—Malévolo! No nos habeis encantado ya demasiado?

El duque estaba en el colmo de la felicidad.

Es verdad que la conquista era gloriosa, porque este galante señor frisaba entonces en los cincuenta, y la jóven reina era la muger mas hermosa de su corte.

El tacto, la alegría, el talento y el buen humor de ese noble huésped, habían bastado para deslumbrar á esa muger, quien un siglo mas tarde hubiera sido la digna émula de la reina de Navarra, y la embriaguez del placer hizo muy pronto que todo lo olvidara.

Al amanecer, Isabel fué vuelta á llevar hasta la barca que la había conducido,

y gracias á la cual volvió á entrar en el Hotel de San Pablo tan secretamente como habia salido.

Estas visitas nocturnas al hotel de Nesle, no impedían á Isabel presentarse en él durante el día.

Era porque allí, como hemos dicho, habia siempre un numeroso cortejo de elegantes caballeros, de atrevidos y vigorosos escuderos, de jóvenes y encantadores pages, á quienes un negro bozo comenzaba á sombrear los labios.

Isabel no habia tardado en notar que, en el rostro todavía fresco y siempre risueño del duque, comenzaban á multiplicarse las arrugas; pero los compañeros del duque eran tan hermosos, que eso habia conmovido poco á la impetuosa joven, cuyos sentidos hablaban demasiado alto, para que fuese mas fiel á su amante que á su marido, y á los cincuenta años del duque de Berry, los compañeros de este príncipe le ofrecían fáciles compensaciones.

El primer rival dichoso que tuvo el duque, fué Luis, conde d'Evreux y d'Etampes, quien fué al hotel de Nesle, dos meses despues de la primera visita nocturna que habia hecho en él Isabel.

Luis pasaba con justo título por uno de los señores mas galantes de su tiempo; habia tenido una multitud de aventuras amorosas, que le habian puesto en moda en las altas regiones de la aristocracia, y aunque no era ya joven, le quedaba de esas galantes proezas, una especie de aureola á la que debia mas de una buena fortuna.

Luis se mostró inmediatamente muy cortés con la joven reina, y se aprovechó ávidamente de todas las ocasiones de agradaarla.

Logrólo fácilmente, y su triunfo fué tan completo como rápido.

Isabel, desde los primeros días de sus relaciones íntimas con el duque de Berry, habia tomado posesion de la torre de Nesle, previendo lo que debia suceder.

Los aposentos del duque eran deliciosos sin duda, la reina aparecía frecuentemente en ellos; pero habia manifestado el deseo de tener para sí sola esa torre, desde donde la vista se tendía á lo lejos, con el fin de gozar algunas veces de los encantos de la soledad.

El, aunque se habia apresurado á satisfacer ese antojo, la joven reina colocó en aquella torre gentes adictas á ella, con cuya adhesion y discrecion contaba; porque esa muger nacida para la intriga, inmediatamente que llegó á Paris, comenzó á estudiar su servidumbre, su compañía, y se habia creado criaturas privilegiadas, que pudieran esperarle todo de ella, y que no pudieran ganar nada con traicionarla.

La torre de la orilla del agua, fué pues, para el conde lo que los aposentos secretos eran para el duque.

Pero Luis conoció pronto que él no era el solo admitido, y tuvo la imprudencia de manifestar sus zelos.

El duque habia visto tan bien como él; pero tenia la prudencia de callar, y se habia contentado con una parte, de miedo de perder el todo.

—Querida reina,—dijo un dia Luis á Isabel,—por qué las puertas de este lugar divino, no se abrieron anoche para mí, cuando en este aposento en que estamos brillaban tan vivas luces?

La reina, á quien tenia en sus brazos al hacerle esta pregunta, se desasíó bruscamente.

—Hermoso primo,—le dijo mas colérica que temerosa,—¿haceis que nos espíen?

—Dios no lo quiera, mi muy querida soberana, que haya yo tenido semejante pensamiento; pero al salir del Louvre despues de la queda, nuestros ojos fueron activamente heridos con el brillo de esa luz.

—Y despues de haber sospechado de nos, doblais la injuria, pidiéndonos que nos justifiquemos?

En efecto, el conde d'Evreux no tenia aún mas que sospechas; pero las confirmaron el modo con que fué recibida su pregunta.

Con todo, se esforzó en no dejar conocer nada de lo que pasaba en su espíritu.

—Oh bien amada de mi corazón! Hablo tan mal hoy, que he podido deciros palabras mal sonantes. Si así es, me perdonaréis, y con justicia, porque no tengo mas deseo ni felicidad, que la de agradaaros siempre.

—Isabel se calmó súbitamente; pero no dió ninguna explicacion.

La noche de ese dia, el duque de Berry y el conde d'Evreux cenaban juntos. Fueron á hablar á la reina, y pronto, lo mismo que los augures de Roma, no pudieron mirarse sin reirse.

—Hermoso primo,—decia el conde,—creo que seréis muy feliz, con ser visitado tan á menudo, por esa perla real del hotel de San Pablo.

—Eh! querido conde, si es felicidad para nosotros, me parece que no es desgracia para vos.

Luis se picó en el juego, porque sobre este punto, era preciso que fuese tan dócil como su ilustre huésped.

—Con todo, no es cosa que nos satisface igualmente,—dijo cesando de reir.

—Hermoso primo, la vida es demasiado corta, para que queramos emplearla en pesadumbres superfluas: así, pues, tomemos el placer de donde nos venga, y cerremos los ojos para no ver las cosas desagradables.

El conde no insistió; pero se prometió aclarar completamente sus sospechas, no porque proyectase nada contra el duque, á quien creía haber quitado su querida, sino para asegurarse de si otro habia obrado lo mismo respecto de él, y con la resolucion de obrar, porque no se es impunemente amante de una reina de Francia, y Luis, que aunque era mas ambicioso que enamorado, tenia proyectos á los que no era hombre de renunciar muy fácilmente.

Probablemente el duque adivinó lo que pasaba en el espíritu de su huésped, porque cesando de reir á su vez le dijo gravemente:

—Primo, no pensemos en cosa peligrosa ó desagradable; y bebamos y dejemos en mal hora à Cupido, que quiere ponernos en mal camino.

—Bebamos!—repitió el conde.

Pero inútilmente intentaba de este modo hacer soltar su presa à la serpiente de los zelos y de la ambicion que le mordian el corazon.

La carga era superior à sus fuerzas, y renunció à ella.

Esa misma noche, despues de la cena, atravesaba el rio, y el aposento de la torre en que habia pasado deliciosos instantes al medio día, se le presentó como la víspera, resplandeciente de luz.

—Ves eso, Fernando?—dijo al escudero que lo acompañaba.

—Qué, monseñor? La torre de Nesle?

—Sí, la torre de la orilla, y esa ventana por donde salen los hermosos reflejos de la luz interior.

—Ciego seria quien no viera eso.

—Pues bien, escucha. A tí, hombre diestro y osado, te prometo hacerte armar caballero incontinenti, haciéndote donación de una armadura, espuelas de oro, caballo de mano y quinientas libras en oro, si mañana à la misma hora estás oculto en ese aposento, en un armario ú otro mueble, de tal suerte que, cuando vuelvas à mi lado, puedas decirme lo que haya pasado en ese lugar.

—Es cosa resgosa, monseñor; pero no hay nada difícil que no pueda yo emprender para servirlos.

—Vamos à volvernlos, porque es inútil ir mas léjos.

Los dos volvieron al hotel de Nesle.

Fernando pasó la noche pensando en los medios de satisfacer al conde.

La recompensa que le habia prometido era magnífica, y el escudero no queria dejarla escapar.

Cuando llegó el dia, se dirigió hacia esa misteriosa residencia predestinada para tantos enamorados y para tantos sucesos sangrientos.

Llegó no sin trabajo hasta la puerta interior, donde por fortuna encontró à un compañero suyo de juventud, que habia entrado al servicio de la reina.

—Vive Dios! Guillermo,—le dijo,—que nos encontramos à propósito; porque creo que estando en buen lugar, serán bien recibidas en tu escarcela doscientas libras tornesas.

—Oh, Fernando! Esos son pájaros que caen asados del cielo.

—Y sin embargo, amigo, así caerán para tí.

—Y para eso, qué pides?

—Casi nada.

—Entonces es demasiado mucho.

—Cómo?

—Ah! En la corte se aprenden muchas cosas, y ahí he aprendido que à menudo, si no es siempre, *casi nada* quiere decir *demasiado mucho*.

—Hola! maese Guillermo, os habeis hecho tan gran estudiante, que podeis encontrar cosas maravillosas en las palabras sencillas?... Veamos, mancebo, no desechemos una buena partida, y así es que te hablaré sin circunloquios, y ante todo, te preguntaré quién está toda la noche, ó solo al principio, en ese aposento del segundo piso, cuya ventana grande da sobre el agua?

Guillermo frunció el ceño, reflexionó un instante, y luego respondió:

—Sobre esto, compañero, cierro los lábios.

—Bueno; pero à lo ménos, por la recompensa prometida, me enseñaréis ese aposento, y por eso te daré à cuenta estos tres escudos de oro.

Háse llamado mal al cañon la *última ratio regum*, porque sin disputa, esa razon sin réplica, tanto para los súbditos como para los reyes, es el dinero.

Los tres escudos de oro hicieron desaparecer todas las dificultades; solo que, fué convenido que Fernando no permaneceria mas que un instante en el aposento designado; pero en los obstáculos puestos por su antiguo camarada, el escudero comprendió que se trataba de otra cosa mas importante de lo que habia pensado al principio, y resolvió descubrir à todo trance el secreto de que dependia en lo de adelante su fortuna.

Guillermo, por su parte estaba tranquilo, porque en ese momento no habia en la torre mas que una pequeña parte de los servidores de Isabel, y estaba convencido de que la visita de Fernando no podia traer ninguna mala consecuencia.

Los dos subieron, pues, al segundo piso que habia indicado Fernando.

Guillermo abrió la puerta y entró el primero.

Su compañero le siguió de cerca, y despues de haber entrado, se puso contra la puerta, cuya llave habia quedado fuera.

—Ehl—hizo Guillermo, volviéndose hacia él,—no quieres ver como desde aquí se estiende la vista al Sena y à lo léjos sobre esos montes?

—Apresúrate à ver tú mismo,—esclamó Fernando, precipitándose sobre él, —porque nada verás ya en lo de adelante.

Y mientras que con una mano le asió del hombro, con la otra le hundió una daga en el pecho.

El desgraciado cayó y espiró casi inmediatamente.

Entonces Fernando se ocultó debajo de la inmensa cama, que era el mueble principal de aquel aposento, luego se acurrucó en un rincon de modo que le cubrieran las inmensas cortinas que pendian del techo, y esperó, con el corazon agitado à la vez de temor y de esperanza.

Isabel habia tomado gusto à esas peregrinaciones navales cuya idea le habia dado el duque de Berry, y se entregaba à ellas con tanto mas ardor, cuanto que la ausencia del rey la daba toda clase de seguridades.

En algunos dias, sus deseos habian tomado proporciones inmensas.

Todavía no mataba à nadie, porque encontraba mas sencillo y mas cómodo permanecer desconocida de la mayor parte de los mozalvetes à quienes cada dia pedia nuevos placeres.

Con todo, en el fondo de su pensamiento permanecían grabadas estas palabras: *Desgraciados de los indiscretos!*

Con estos sentimientos fué con los que esa noche llegó á la torre de Nesle, donde un gentil page, designado la vispera por ella, acababa de ser introducido.

El page era tímido; pero Isabel tenía audacia por dos.

Ella fué la que, de la pieza donde se habían encontrado, le arrastró á la en que estaba Fernando, con una ansiedad fácil de comprender, esperando el desenlace de la aventura que tan audazmente habia acometido.

El corazon le latió hasta romperle el pecho, cuando, al ruido de la puerta que acababa de abrirse y de volver á cerrarse, sucedió el ruido de los besos.

Apartó suavemente la cortina que le cubría, y reconoció perfectamente al page, que se llamaba Arnoldo, y á Isabel de Baviera, á quien habia visto cien veces.

Habíase empeñado una dulce conversacion entre esos amantes de un dia, y el escudero esperó que se apagarían las luces, y que durante el sueño de la reina y de su jóven discípulo, le seria fácil salir de aquel aposento, justificar su presencia en la torre ante las personas á quienes podria encontrar, diciéndoles confidencialmente que habia sido introducido por la misma reina, y de este modo hacerse abrir la puerta anterior.

Lo demas le inquietaba poco; porque una vez al lado del conde d'Evraux, cuya fidelidad á su palabra era conocida de todo el mundo, no tenia nada que temer.

Pero pasó mucho tiempo.

Las luces no se apagaron, y la conversacion de los dos amantes, interrumpida de cuando en cuando, se reanimaba en seguida.

Por fin, despues de muchas horas, la sosegada y medida respiracion del page y de su real querida, anunciaron á Fernando que dormian, y aunque las luces no estaban apagadas, se resolvió á salir sin esperar mas.

Dejó sin hacer ruido su escondite, empuñó la espada, y andando con precaucion se dirigió hácia la puerta.

Ya iba á llegar á ella, cuando de repente despertó Isabel y dió un grito de espanto.

El page despertó á su vez, se lanzó fuera del lecho y corrió hácia el escudero, á quien detuvo presentándole la punta de su espada.

—No quiero hacer mal á nadie,—dijo con voz tranquila;—pero desgraciado de quien intente impedirme que salga yo de aqui.

Miéntas que esto pasaba, Isabel habia echado un manto sobre sus hombros.

Tocó un resorte y se abrió una puerta secreta.

—Andrés!—esclamó con una espresion terrible.

Andrés era el centinela que habia colocado en aquel lugar, donde con cuatro hombres escogidos por él, velaban miéntas que Isabel permanecia en la torre.

No pudiendo Fernando lograr abrir la puerta cerca de la que habia llegado,

cayó sobre el page para obligarle á retroceder, y él se precipitó á la salida secreta.

Antes de que llegase á ella, aparecieron cinco hombres, armados de picas y de espadas, y le impidieron la salida.

—Ríndete, ó eres muerto!—le gritó Andrés.

—No, no,—dijo Isabel, que estaba detras de aquellos hombres,—es preciso que me le entreguis vivo.

—Y vivo le tendréis, señora.

A estas palabras, y miéntas que la impotente espada del escudero intentó desviar las picas dirigidas contra su pecho, Andrés se le echó por un lado, se lanzó sobre Fernando como un tigre sobre su presa, le echó en tierra y le desarmó.

En seguida le engarrotaron, y por orden de la reina fué llevado á una pieza vecina, miéntas que Andrés y dos de sus hombres registraban el aposento, para asegurarse de que aquel audaz intruso no tenia cómplices escondidos.

No tardaron en sacar de debajo de la cama el sangriento cadáver de Guillermo, el cual llevaron á la misma pieza en que todos se habian reunido, porque el page, miéntas la última parte de aquella escena, habia podido coger sus vestidos, y habiendo levantado la espada que habia quitado al escudero, se apresuró á reunirse con su bella querida.

—Ahora,—dijo la reina,—es preciso hacer pronta y recta justicia en este asesino, quien seguramente queria atentar contra la vida de nuestra persona.

—Señora y reina,—dijo Fernando que habia conservado toda su presencia de ánimo,—no soy, como lo creéis, asesino de profesion, y si hubiera yo querido haceros mal, en vez de despertaros, os hubiera hecho pasar fácilmente del sueño á la muerte, porque ya estaba yo en este aposento, cuando entrásteis en él con el gentil page Arnoldo.

—Y ahí es, condenado, donde matasteis á ese desgraciado?—preguntó Isabel, señalando con el dedo el cadáver de Guillermo.

—Señora, él y yo teniamos una querella que arreglar, para eso vine á este lugar, de donde habria salido hace mucho tiempo si hubiera hallado el paso libre.

—Escucha, maldito,—replicó la reina,—nada puede salvarte; pero puedes evitarte un mal suplicio, revelando toda la verdad.

Con una señal, Isabel mandó á Andrés que hiciera salir á aquellos hombres, y con otra señal invitó á Arnoldo á que les siguiera, y cuando se quedó sola con Andrés y con el escudero, añadió:

—Ahora, es preciso que escojas entre una muerte pronta y los mil tormentos que sufrirás de orden nuestra antes de morir; acaso hasta te perdonarèmos la vida, si nos parece que hay lugar para ello.

Como ya se ha visto, Fernando era valiente y resuelto, y no retrocedia delante de nada para lograr el fin que se habia propuesto.

A pesar de la desesperada situación en que se hallaba, de explicar la causa de su presencia en el aposento de la reina, repitió, alargándola para hacerla mas verosímil, la historia fingida de su querrela con Guillermo, la cual habian arreglado en aquel aposento.

—Mientes,—dijo Isabel despues de haberle escuchado.—Vamos, pues, á comenzar por hacerte tasajear los brazos y las piernas, y á verter en esas tajadas sal y vinagre, con el fin de volverte la memoria.

Apénas dijo esto, cuando Andrés desenvainó una espada de dos filos, y cogiendo con mano vigorosa al escudero agarrotado, le dió con su arma muchas heridas en los brazos y en los muslos.

La sangre brotó.

Fernando lanzó un grito terrible.

Luego, dirigiendo á la reina una mirada suplicante, le dijo:

—Señora, seguramente teneis el corazon demasiado tierno, para sufrir que ante vos se trate tan cruelmente á un escudero que nunca os ha querido mal.

—Habla, si no quieres sufrir!—esclamó Isabel, cuyas miradas chispeaban al aspecto de la sangre que corria sobre los miembros de Fernando.

—Y si hablo, me dejaréis la vida?

—Eso lo veremos luego.

El escudero comprendió que estaba perdido; pero al pensar en los nuevos dolores que se preparaban á hacerle padecer, se debilitó su resolución.

Le dijo que no debia ninguna consideracion al conde que le habia lanzado en aquel infierno, y con una voz débil, refirió todo lo que habia pasado entre Luis y él, y como habia logrado introducirse en el aposento.

—Y ahora,—dijo terminando,—si me perdonais la vida, me hallaréis pronto á decir y á repetir la verdad donde sea preciso y á retar á quien me desmienta.

Esta promesa era importante para salvarle.

Habia penetrado demasiado profundamente los secretos de Isabel para que ella pudiera resolverse á dejarle vivir.

Esto hubiera sido suspender una espada sobre su cabeza, y en lo de adelante, el temor hubiera mezclado su amargura á los placeres de que tanta avidez tenia.

Dijo á Andrés algunas palabras en voz baja y desapareció.

Casi al mismo instante, diez estocadas dadas por Andrés al escudero, le clavaron en el piso.

Despues de esta ejecucion, ese verdugo tan bien escogido pasó á la pieza donde estaban sus hombres y el jóven page.

Este habia querido irse miéntras que se decidia la suerte del escudero; pero los hombres de Andrés se opusieron á que lo hiciera, pretendiendo que nadie debia salir sino por órden espresa de la reina.

Animábase la discusion cuando apareció Andrés.

—Señor,—dijo éste á Arnoldo,—es lástima que os hayais encontrado en ese

